

muchos más el infante don Gabriel, que contagiado de las viruelas por no haberse apartado de su lecho á impulsos de la ternura conyugal, fué tambien víctima de aquel mal, entonces tan terrible. Tan repetidas y amargas penas para un padre, que siempre se habia distinguido por su entrañable y frenética pasión á la familia, oprimieron su corazón y quebrantaron su espíritu de modo que el abatimiento le fué consumiendo visiblemente las fuerzas. A instancias y ruegos de sus hijos y de los ministros consintió en venir á Madrid desde el Escorial donde se hallaba (1.º de diciembre), pero ya muy macilento y quebrantado. Todavía sin embargo le sacaron alguna tarde al campo á distraerle con su recreo favorito de la caza, bien que se conoció que ya su alma se negaba á toda expansión y entretenimiento.

A los pocos dias le atacó una fiebre inflamatoria, y como ésta se fuese agravando, indicáronle los médicos la conveniencia de que recibiese los Santos Sacramentos. Con edificante resignación, con espíritu sereno y apacible semblante, á presencia de los infantes, prelados, ministros, grandes, y altos empleados de palacio recibió de manos del patriarca de las Indias el pan eucarístico. Al preguntarle el patriarca si perdonaba á sus enemigos, respondió con admirable entereza: «¿Pues habia de aguardar á este trance para perdonarlos? Todos fueron perdonados en el acto de la ofensa.» El mismo pidió que le administraran la Ex-

trema-Uncion, encargando no lo dilatasen para cuando no supiera lo que recibia. Lleváronle aquella tarde al regio aposento con solemnísima procesion el cuerpo de San Isidro, las reliquias de Santa María de la Cabeza y el de San Diego de Alcalá. Como al adorarlas le exhortase el confesor á que pidiese á Dios por la intercesion de aquellos santos la salud corporal, «*la que deseo y pido, respondió, es la espiritual, que la del cuerpo y todo lo de este mundo me importa poco.*» Con la misma devoción y serenidad recibió el último sacramento (1).

Habia otorgado aquel mismo dia testamento cerrado ante el conde de Floridablanca, su ministro de Estado, como notario mayor del reino, y ante el correspondiente número de testigos (2). El que siempre habia sido un miembro de su familia, quiso tenerla á su derredor en el lecho de muerte, y echar sobre todos con trémula mano su bendición paternal. Dirigiéndose particularmente al príncipe de Asturias, le exhortó á que cuidara de la religion cristiana, de to-

(1) Hay una minuciosa descripción que tenemos á la vista, hecha, se conoce, por testigo ocular, de todas las ceremonias que se practicaron desde que se dispuso administrar al rey el Santo Viático hasta que se concluyó el entierro.—Dánse tambien algunas curiosas noticias y pormenores de lo que ocurrió en aquellos instantes solemnes, en los muchos sermones, pláticas y pa-

negíricos que á su muerte se predicaron, pero ningunas tienen el sello de autenticidad que se advierte en las de la citada relación.

(2) Fueron éstos los marqueses de Valdecarzana, Santa Cruz y Villena, gefes de palacio, el patriarca de las Indias, y los ministros de Hacienda, Guerra, y Gracia y Justicia.

dos sus vasallos, especialmente de los pobres, de todos sus hermanos, y en particular de la infanta María Josefa; y concluyó por recomendarle que conservára á su lado al conde de Floridablanca como á consejero fiel y ministro hábil y prudente, á quien debia el reino las mejoras mas importantes. Finalmente á las doce y cuarenta minutos de la madrugada del 14 de diciembre (1788) exhaló su último aliento en medio de las lágrimas de cuantos le rodeaban aquel insigne monarca que con tanta gloria habia regido la España durante veinte y nueve años. Faltábanle pocos dias para cumplir los setenta y tres de su edad.

Abierto con toda ceremonia y solemnidad el testamento, y resultando por él instituido heredero de la corona el príncipe de Asturias don Carlos (1), expidió-

(1) No tienen mucho de notables las disposiciones testamentarias de Carlos III. Además de lo que indicamos en el texto, declaraba los hijos que habia tenido de su única esposa, y ordenaba que le enterrasen al lado de ella. — Los hijos que tuvo fueron:

Don Felipe Pascual, que nació en 1747; excluido de la sucesión por su imbecilidad: murió en 1777.

Don Carlos, príncipe de Asturias, que heredó el trono: nació en 1748.

Don Fernando, rey de Nápoles y de Sicilia: nació en 1750.

Don Gabriel, que nació en 1752, casó con doña María Ana de Portugal, y murieron ambos pocas semanas antes que su padre.

Don Pedro, don Antonio y don Francisco Javier, que también le precedieron á la tumba.

Doña María Josefa, que nació en 1744: era contrahecha, y no fué casada.

Doña María Luisa, que nació en 1745, y casó con el archiduque Leopoldo, primeramente gran duque de Toscana, y después emperador.

Tuvo además otros cuatro hijos que murieron niños, habiendo sido entre todos trece.

Incorporaba á la corona los bienes adquiridos durante su reinado por conquista, compra, sucesión ó herencia. Mandaba decir por su alma, y las de sus padres y esposa, veinte mil misas, que se habian de distribuir

ronse inmediatamente las órdenes correspondientes á los gefes de palacio, ministros y tribunales del reino, y entre otras dirigió el nuevo monarca al real consejo de Castilla por conducto de su decano y gobernador interino el conde de Campomanes el decreto siguiente: «A la una menos cuarto de la mañana de hoy ha sido »Dios servido de llevarse para sí el alma de mi amado »padre y señor (que santa gloria haya); y lo participo al Consejo con todo el dolor que corresponde á la »ternura de mi natural sentimiento, tan lleno de motivos de quebranto por todas circunstancias, para »que se tomen las providencias que en semejantes casos se acostumbran. En Palacio á 14 de diciembre »de 1788.» El decreto se vió en Consejo pleno el mismo dia, acordóse su cumplimiento, y se expidió una real provision para que en todo el reino fuese obedecido; y para que no se retardase en manera alguna nada de lo que perteneciese á la administracion de justicia, se mandó desde luego que al papel sellado de

en todo el reino, sirviendo como de socorro á eclesiásticos y comunidades pobres. La suma sobrante de las consignaciones para sus gastos mandaba repartir, en las cantidades que designaba, entre hospitales, hospicios, criados, de su casa, cámara, caballeriza, etc., los cuales además dejaba recomendados á su hijo y sucesor. Señalaba las alhajas que se habian de distribuir entre los príncipes, incorporando las demas á la corona. Y para el remanente de to-

dos sus bienes, derechos y acciones que no fuesen del patrimonio de la corona, instituía por únicos y universales herederos á sus hijos don Carlos, don Antonio y doña María Josefa, y á su nieto el infante don Pedro, hijo de don Gabriel.—Su cadáver fué conducido con gran ceremonia al tercer dia de su muerte al panteon del Escorial.—Existe el testamento en el archivo del Real Palacio.

aquel año se añadiese el timbre: *Valga para el reinado de S. M. el señor don Carlos IV.*

Escusado podía ser decir que la muerte de tan gran rey fué universalmente sentida y llorada por todo el pueblo. En todos los templos se celebraron con la mayor pompa y magestad posible las exéquias fúnebres: pronunciáronse multitud de oraciones y sermones panegíricos, algunos de ellos notables; y en las corporaciones científicas y patrióticas hombres altamente reputados por su notoria y vasta ilustracion leyeron en sesiones solemnes *Elogios* por fortuna bien merecidos: justo tributo pagado á la memoria de tan gran príncipe, y que tanto se habia desvelado por el bien de sus pueblos (1).

Era Carlos III. hombre de mediana estatura, no obeso, pero fuerte de complexion; formaba contraste,

(1) Entre los primeros podemos citar, porque se imprimieron, y los tenemos á la vista, la Oracion fúnebre de Fr. Manuel de Espinosa en las exéquias celebradas por el ayuntamiento de Madrid en Santo Domingo el Real; la del doctor don Lorenzo de Irisarri, en las que dispuso la Real Sociedad Económica de esta corte en la iglesia de Trinitarios calzados; la de don Antonio José Navarro, en las que celebró la ciudad de Baza; la del P. Mtro. fray Isidoro Alonso, en la universidad de Salamanca; la del doctor don Juan Ruiz de Cabañas, en la catedral de Burgos; la de fray Miguel Antonio del Rincon, en San Felipe y Santiago de la univer-

sidad de Alcalá; la del doctor don Antonio de Medina, en los Carmelitas calzados de esta corte; la de fray Antonio Maria Irola, en el convento de la Victoria de Málaga; la del doctor don Joaquin Carrillo, en la catedral de Lérida; la de fray Nicolás Porro, en el monasterio de San Lorenzo; y facilísimo nos seria aumentar largamente este catálogo.

Entre los segundos merecen citarse los *Elogios* de Cabarrús y Jovellanos, leídos en la Sociedad Económica de Madrid; el de don Nicolás de Azara, pronunciado en la iglesia de Santiago de Roma; y el Histórico de Honorato Gaetani.

dicen las personas que estaban á su servicio, la blancura natural de su cuerpo con el color tostado y curtido de rostro y manos, como expuestos siempre á la intemperie por el ejercicio diario de la caza; caracterizaban su fisonomía la larga nariz y largas pestañas, pero el conjunto de sus facciones daba á su semblante una espresion agradable, que unida á su natural afabilidad le hacia simpático, é inspiraba un afectuoso respeto. Enemigo de la sujecion y de la etiqueta en el vestir, aunque tenia magníficos trages de gala para los actos de ceremonia, despojábase de ellos tan pronto como ésta concluía, y gozaba en volver á quedarse en su sencillo y desahogado vestido ordinario, parte del cual constituía el indispensable calzon negro, que no dejaba nunca, ni en la vida interior y doméstica, ni en los actos de corte, ni en el campo. Chupa y guantes de ante ó gamuza, casaca de paño de Segovia, chorrera de encaje en la camisa, pañuelo de batista al cuello, sombrero de ala ancha, medias de lana ó hilo, completaba su trage ordinario. Desfiguránle los que impropiamente le han retratado con armadura de guerrero (1).

(1) Fernan Nuñez, Muriel, Gaetani, y otros que le conocieron y dejaron escritos estos y otros pormenores, por ejemplo, que en los bolsillos de la casaca llevaba siempre algunos juguetes de su infancia, como tambien ciertos útiles de caza, que su ayuda de cámara cuidaba mucho

de trasladar siempre que el rey se mudaba de trage.

«Su fisonomía, dice Fernan Nuñez, ofrecia casi en un momento dos efectos y aun sorpresas opuestas. La magnitud de su nariz presentaba á la primera vista un rostro muy feo, pero pasada esta impresion, sucedía

Sabida es, aun de los mas peregrinos en la historia, la afición de este monarca á la mas estricta é invariable regularidad en su método de vida. Esclavo voluntario de la costumbre, era para él una especie de agradable manía la de sujetarse á la mas rigurosa exactitud y puntualidad de época, de dia, de hora, y hasta de minuto, asi en sus ocupaciones de soberano, como en sus distracciones y recreos, como en los mas naturales y necesarios actos de la vida humana. Constantemente se acostaba y levantaba á la misma hora, y á la misma hora invariablemente hacia su desayuno, su comida y su cena. El mismo tiempo dedicaba cada dia y cada noche al sueño, al despacho de los negocios, á la recepcion de ministros, diplomáticos y personas de gerarquía, á la oracion, á la caza y á la tertulia de familia. De tal manera y con tan regular precision distribuía su residencia en Madrid y los cuatro reales sitios de Aranjuez, el Pardo, San Ildefonso y San Lorenzo, que en un mismo dia de cada año se trasladaba á cada uno de ellos, en ninguno acortaba ni prolongaba su estancia más que el año anterior, y su regreso á Madrid no habia de ser ni mas tarde ni mas temprano un año que otro (1). Quien á tal extremo llevaba el

á la primera otra mayor, que era la de hallar en el mismo semblante que quiso espantarnos una bondad, un atractivo y una gracia que inspiraba amor y confianza.»

(1) En Aranjuez estaba des-

pues de la Pascua de Resurreccion hasta fin de junio: venia á Madrid y estaba hasta el 17 ó 18 de julio; aquel dia iba á cazar, comer y dormir al Escorial; al dia siguiente se iba á la Granja, donde pasaba hasta el 7 de octu-

sistema de la puntualidad en todo, no es extraño que tuviera el fácil mérito, que tanto sin embargo se aprecia y se agradece en los reyes, de ser puntal con todos y de no hacerse nunca esperar de nadie.

Conocida es tambien la afición de Carlos III. al recreo y ejercicio de la caza, su pasatiempo diario y su distraccion predilecta. No dirémos nosotros que le dominára esta pasión hasta el punto de desatender por ella y en tratándose de alguna cacería los negocios mas importantes del Estado, como escritores estrangeros afirman, guiados por relaciones tal vez exageradas de viajeros, y aun de algunos diplomáticos. Pero creemos tambien que no pasa de ser un laudable esfuerzo el que hace el último historiador de este reinado euando intenta persuadir que solo como medio higiénico y como ejercicio propio para conservar la salud dedicaba Carlos III. algunas horas cada dia á la caza. Sin duda que á veces no se divertirá en ella, como dice este escritor, lo cual suele acontecer con todo entretenimiento que se hace diario, y llega á carecer del atractivo de la novedad. Sin duda que no dejaría arruinarse el reino por correr tras los osos, venados ó jabalíes; sin duda habrá exageracion en las anécdotas que á propósito de esta pasión se refieren. Pero es para nosotros indudable que llegó este pasatiempo á constituir en aquel monarca una especie de vicio, y que in-

bre. Volvia al Escorial, y estaba la época de volver á Aranjuez en hasta diciembre; el resto hasta Madrid.

vertía en él mas horas y con mas dispendios de lo que estaba bien á un príncipe que por otra parte tanto se afanaba por hacer á sus súbditos laboriosos y aplicados, y por desterrar la ociosidad de su reino.

Por lo demas, de pureza en sus costumbres era Carlos III. modelo á sus vasallos, y en siglos enteros no se habia sentado en el trono español un soberano de mas intachable conducta en aquello en que habia sido mas comun la flaqueza. Ni exento de las que son propias de la humanidad, ni viejo todavía cuando enviudó, rehusó constantemente pasar á segundas nupcias, queriendo pagar este tributo de amor á la virtuosa esposa que habia perdido; y en veinte y ocho años de viudez ni aun la malignidad cortesana, tan propensa á escudriñar y á interpretar las acciones y los movimientos de los reyes, encontró nunca ni aun apariencias que pudieran darle pretexto á críticas que empañáran ni deslustráran en lo mas leve su reputacion de irreprochable en esta materia. Por lo mismo no estrañarémos sea verdad que alguna vez se vanagloriára entre personas de su confianza de haber acertado á conservar una virtud, ciertamente no comun en sus antecesores (1).

(1) Cuenta Fernán Nuñez que en uno de estos momentos de expansión le decia el rey al prior del Escorial: «Gracias á Dios, padre mio, no he conocido nunca mas muger que la que Dios me dió: á ésta la amé y estimé como dada por Dios, y despues que ella murió, me parece que no he faltado á la castidad, aun en cosa leve, con pleno conocimiento.» Compendio de la Vida de Carlos III., cap. último.—Bourgoing, Cuadro de la España mo-

Enemigo de la ficcion y mucho más de la falsedad; hombre de buena fé, y cumplidor de su palabra, profesaba la máxima de que si la buena fé desapareciera del mundo deberia encontrarse en los palacios de los reyes; preciábase de no haber faltado nunca á la verdad, y tanto en lo que aseverára como en lo que ofreciera se podia descansar y fiar como *en palabra de rey*.—Consecuente en sus propósitos como en sus afecciones, á veces llevaba hasta el extremo de una dañosa inflexibilidad, asi el apego á las personas en quienes depositaba su confianza y su cariño como el apego á las resoluciones que una vez tomára. Mezcla de males y de bienes resultó de esta firmeza de carácter. Pero si bien hubiera convenido que fuese mas flexible para salir mejor de los compromisos en que le pusieron algunos errores políticos, por punto general su perseverancia y su inquebrantable entereza fueron las que mantuvieron en una respetable altura la dignidad de la nacion y la dignidad del trono. Y su repugnancia á los cambios de personas en el gobierno, si bien produjo cierta especie de despotismo ministerial, tambien la seguridad, y la estabilidad y la duracion en los ministerios de las personas á quienes lo confiaba, y en cuya eleccion mostró un tacto y tino especialísimo, fué la causa de que ellos tuvieran estímulo y tiempo para concebir, madurar y ejecutar tantas y tan

derna.—En casi todos los elogios y discursos que hemos citado antes se hace mérito de esta virtud de Carlos III.

importantes y útiles reformas como en este reinado se realizaron, y que no hubieran salido nunca de la esfera de proyectos con la inestabilidad y las continuas mudanzas que en tiempos posteriores hemos tenido ocasion y justicia para lamentar.

Piadoso y devoto este monarca, tan consecuente como era en todo, lo era también en los ejercicios y prácticas religiosas, en las oraciones; en los días de recibir los sacramentos, en la hora de asistir á la misa, en los actos y funciones públicas ó privadas que consagraba á los santos, á los misterios, á las reliquias ú objetos sagrados á que habia cobrado especial devoción. Nimio, y hasta un tanto supersticioso parecia á veces en esta materia, como en lo de llevar siempre consigo un librito de oraciones escrito por el hermano Sebastian de Jesús, lego franciscano, á quien por sus virtudes habia estimado muy particularmente en Sevilla, que murió el mismo año en que Carlos se coronó rey de Nápoles, á quien desde entonces tomó por su intercesor y medianero en sus oraciones privadas, y por cuya beatificación trabajó con grande empeño. Y sin embargo, con este género de devoción y de piedad conciliaba él aquella despreocupación y aquella entereza con que en las altas cuestiones y en las grandes contiendas sobre potestad espiritual y temporal, y sobre jurisdicción eclesiástica y civil, y sobre autoridad para reformar y extinguir corporaciones religiosas, otorgar ó negar la admisión á los rescriptos

pontificios, y otros graves asuntos de esta índole, sostenía los derechos y prerogativas de la corona, á riesgo de que la pasión ó la malicia tildáran de poco religioso al que tanto y tan sinceramente lo era en su vida y costumbres.

De su acendrado amor á la justicia certifican y deponen unánimemente cuantos han dejado escrito algo de este monarca. Muchos son los que espresamente le han atribuido esta virtud; no sabemos de ninguno que se la haya negado. Y no solo era amante de esa justicia que se aplica en los tribunales, sino de esa otra, acaso mas difícil de aplicar, que consiste en la distribución equitativa de los premios y remuneraciones, de las mercedes y empleos, de los medros ó recompensas, que deben otorgarse y graduarse con arreglo á los merecimientos y servicios de cada ciudadano, sin acepción de personas. Nunca á sabiendas faltaba Carlos III. en este punto á los principios de la justicia distributiva y á las reglas establecidas de la administración. A tal extremo llevaba su severidad en esta materia, que nunca se empeñó con los ministros ni aun en favor de las personas mas predilectas de su servidumbre, por temor de perjudicar con su recomendación á otros mas meritorios, en menoscabo de la justicia y detrimento del servicio público. Refiérese á este propósito, entre muchos otros casos, el siguiente. Propúsole un día el ministro para un empleo á una de las personas que el rey estimaba más. Preguntó Carlos al ministro si

creía que realmente aquel sugeto estaba dotado de la aptitud y de las cualidades que el empleo requería, y como contestase afirmativamente, añadió el rey: «Mucho os agradezco que hayais pensado en este ascenso, pues aunque yo lo deseaba, por mi parte jamás me hubiera atrevido á solicitarlo (1).»

(1) El conde de Fernan Nuñez, que fué gentil-hombre de cámara de Carlos III., y después embajador en varias cortes, dedica todo el capítulo último del Compendio que escribió de la vida de aquel monarca á la descripción de las calidades y vida interior del rey Carlos. Asi es que cuenta, como quien lo veia diariamente, varias anécdotas y multitud de curiosos pormenores é individualidades, asi del carácter como del sistema de vida de este monarca, que no carecen de cierto interés, por su singularidad. Después de describir su afabilidad hasta con las gentes mas humildes, su genio jovial y hasta chancero, su propension á remedar á otros, que hacia con gracia, su manera de vestir de diario, de gala y de campo, su modo de hablar con los gentiles-hombres, mayordomos, y hasta los criados inferiores, las diversiones á que tenia mas afición, etc., dice, hablando de su inalterable y rutinario método de vida.

«Su distribución diaria era ésta todo el año. A las seis entraba á despertarle su ayuda de cámara favorito don Alverico Pini, hombre honrado, que dormía en la pieza inmediata á la suya. Se vestía, rezaba un cuarto de hora, y estaba solo ocupado en su cuarto interior hasta

»las siete menos diez minutos, »que entraba el sumiller duque »de Losada. A las siete en punto, »que era la hora que daba para »vestirse, salía á la cámara, donde de le esperaban los dos gentiles- »hombres de guardia y media »guardia y los ayudas de cámara. »Se lavaba y tomaba chocolate, »te, y cuando habia acabado la »espuma, entraba en puntillas »con la chocolatera su repostero »antiguo llamado Silvestre, que »habia traído de Nápoles, y como »si viniera á hacer algun contrabando le llevaba de nuevo la »jicara, y siempre hablaba S. M. »algo con este criado antiguo. Al »tiempo de vestirse y del chocolate, asistían los médicos, cirujano y boticario, segun costumbre, con los cuales tenia conversacion. Oia la misa, pasaba á ver á sus hijos, y á las ocho estaba ya de vuelta, y se encerraba á trabajar solo hasta las once el día que no habia despacho. A esta hora venian á su cuarto sus hijos, pasaba con ellos un rato, y luego otro con su confesor y el presidente conde de Aranda, mientras lo fué, y á veces con algun ministro.—Salía después á la cámara, donde estaban esperando los embajadores de Francia y Nápoles, y después de hablarles un rato hacia una señá al general de cámara, que mandaba al ujier llamase á los

Si bien se reconoce igualmente el amor de este monarca á sus reinos, y su celo por todo lo que creía conveniente al bien y á la prosperidad pública, que es sin disputa la primera y mas relevante cualidad del gefe de un Estado; si no hay tampoco quien desconozca su tacto y buen sentido para la eleccion de ministros y

»cardenales y embajadores, que »se unian á los de familia, y quedaba con todos un rato. Pasaba á comer en público, hablando á unos y otros durante la mesa. »Concluida ésta, se hacian las presentaciones de los extranjeros, y besaban la mano los del pais, que tenían motivo de haberlo por gracia, llegada ó despedida. Volvia á entrar en la cámara, donde estaban los embajadores y cardenales que ántes, y además de estos los ministros residentes y demas miembros del cuerpo diplomático, con quienes pasaba media hora en cerco. He oido decir á todos, y lo he confirmado yo mismo en mis viages, que ningun soberano de Europa tenia mejor el cerco, con mas amenidad, magestad y agrado, lo cual es tanto mas difícil, que siendo diario parece no tenia que decirles.....—Después de comer dormía la siesta, en verano, pero no en invierno, y salía luego á caza hasta la noche, primero con su hermano el infante don Luis, y después con el príncipe de Asturias su hijo. Al volver del campo le esperaba la princesa y toda la familia real. Se contaba y repartía la caza, hablaba de lo que cada infante habia hecho por su lado, y despedidos los hijos, daba el santo y la orden para el otro día, y pa-

»saba al cuarto de sus nietos. »Después venia al despacho, y si »entre éste y la cena, que era á las nueve y media, quedaba algun rato, jugaba al revesino, para ocuparle..... Cenaba siempre una misma cosa, su sopa, un pedazo de asado, que regularmente era de ternera, un huevo fresco, ensalada con agua, azúcar y vinagre, y una copa de vino de Canarias, dulce, en que mojaba dos pedacitos de miga de pan tostado, y bebía el resto. Le ponian siempre un gran plato de rosquillas cubiertas de azúcar, y un plato de frutas verdes de las que habia, pero á la mitad de la cena venian los perros de caza como tantas furias..... etc.»

Después de detenerse en pormenores de esta especie, continúa el biógrafo: «Después de la cena rezaba otro cuarto de hora ó veinte minutos antes de recogerse, y luego salía á la cámara, se desnudaba, daba la hora al gentil-hombre para las siete del día siguiente, se retiraba con el sumiller y Pini, y se metía en la cama. Esta era conocidamente la vida de este santo monarca..... etc.»—Nos creemos dispensados de copiar otros muchos pormenores en que se estiende este ilustre y agradecido servidor.

consejeros, así como su constancia y firmeza en mantener á su lado aquellos en quienes una vez habia depositado su confianza, condicion tambien de las mas excelentes; y en verdad, no comun en los príncipes; si todos suenan acordes en punto á elogiar su afabilidad y su jovial y bondadoso carácter, no lo están tanto en lo que respecta á graduar la capacidad, el talento y la ilustracion de aquel soberano. Sin embargo, estudiando su conducta y su manejo de rey, aun mas que sus acciones de hombre, es imposible explicar bien aquella sin reconocerle por lo menos una buena dosis de inteligencia clara, de recto sentido, de buena penetracion, y aun la bastante instruccion para poder valorar las razones de aquellos á quienes pedia consejo. Así le juzgan tambien los que mejor pudieron conocerle. «Sus cualidades intelectuales y morales eran excelentes,» dice un escritor extranjero, pero que le trató y conoció muy de cerca. «Aun cuando Carlos III., dice otro historiador de otra nacion, no haya dejado memoria de un talento muy superior, se le concede generalmente sana razon y mucha bondad.... No carecia ni de tacto ni de esperiencia para el despacho de los negocios....» Su mente clara ensalzan todos los historiadores españoles del pasado y del presente siglo <sup>(4)</sup>.

Nosotros nos afirmamos en el juicio que anticipa-

(4) Beccatini, Fernan Nuñez, William Coxe, Muriel, Azara, Carrús, Jovellanos, Gaetani, Ferrer del Rio, y cuantos de él en su tiempo y en los posteriores han escrito.

mos en nuestro Discurso Preliminar. «Si el talento de Carlos, dijimos entonces, no rayó en el mas alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razon clara, sano juicio, intencion recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, y el tino de haber encomendado á los varones mas esclarecidos y á las mas altas capacidades de su tiempo, y puesto en las mas hábiles manos, la administracion y el gobierno de la monarquía.»

Dadas estas noticias del carácter y prendas personales de Carlos III., pasaremos á bosquejar el estado social de la nacion española en su célebre reinado.